

De hombres y héroes

PECADOS

Amalia Bautista / Alberto Porlan

Prólogo de Eduardo Moga

Ilustraciones de Pablo Márquez

El Gaviero Ediciones. Almería, 2005

63 páginas, 12 euros

OLÍMPICAS

Juan Antonio González Iglesias

Prólogo de Christian Law

Ilustraciones de Roberto González Fernández

El Gaviero Ediciones. Almería, 2005

63 páginas, 12 euros

LA hermosa colección de poesía «Guairo», de El Gaviero Ediciones, nos vuelve a deleitar y sorprender con sus dos nuevas entregas, de alguna forma complementarias: *Pecados*, de Amalia Bautista (1962) y Alberto Porlan (1947), con prólogo de Eduardo Moga e ilustraciones de Pablo Márquez, y *Olímpicas*, de Juan Antonio González Iglesias (1964), con prólogo de Christian Law e ilustraciones de Roberto González Fernández. El primero es una doble reinterpretación lírica –triple, si contamos la parte gráfica– de los siete pecados capitales, a los que se ha añadido un octavo, el rencor. Para Amalia Bautista, no puede haber pecado en la lujuria, ni en la gula –que, en su caso, se mezcla con el amor–, ni menos aún en la pereza: «Por esta carretera que bordea mi alma, / polvorienta y desierta como el centro, / nunca ha pasado / la diligencia». Por lo demás, no entiende qué dicha puede hallarse en la soberbia, la avaricia o la envidia. En cuanto a la ira, «ninguna más injusta por desproporcionada / que la ira de Dios / contra el gesto pueril de los amantes». En cualquier caso, el rencor es el peor de los pecados, pues nos pudre la vida y no nos deja disfrutar de nada («Cierra las puertas al rencor. / Si logra visitarte, se queda para siempre»). Los poemas sensoriales de Alberto Porlan presentan, por lo general, un tono crítico y satírico, y, en un par de ocasiones –la «Ira» y la «Gula»–, se sitúan en la vieja tradición anticlerical. Por otra parte, hace honor al pecado de pereza despachándolo con unos elocuentes puntos suspensivos. Pero también, para él, el peor es el rencor: «Es cultivada herida, es llaga supurante / es memoria podrida, placer mortificante».

En sus poemas olímpicos, González Iglesias canta, en la mejor tradición de Píndaro, la celebración de las Olimpiadas y la gloria de los grandes atletas, pues es misión de los poetas asegurar su inmortalidad en un mundo en el que todo está condenado a ser efímero por culpa de la actualidad. De ellos, dos han sido rescatados de su obra anterior: la gongorina «Olímpica primera. Nadador», procedente de *La hermosura del héroe* (1994), y «Selección española de gimnasia», de *Un ángulo me basta* (2002). El resto son inéditos, y han sido escritos tras los Juegos de Atenas del pasado año. En todos ellos, celebra el triunfo, pues «la derrota ya tiene suficientes / enamorados» y comentaristas. También festeja con entusiasmo la belleza del cuerpo, la elegancia de los gestos y los movimientos y la plenitud del verano. Y es que los atletas son los verdaderos héroes –aunque con frecuencia lloren sobre el podio y afirmen que «quisieran ser normales»–, y, por tanto, lo más semejante a los antiguos dioses, desde hace tiempo ausentes de este mundo. No en vano las olimpiadas de la era moderna representan «el más milagroso retorno de la paganidad que han conocido los siglos cristianos». Nada, pues, más humano que el pecado. Y nada más heroico que la victoria en unos Juegos.

Luis García Jambrina